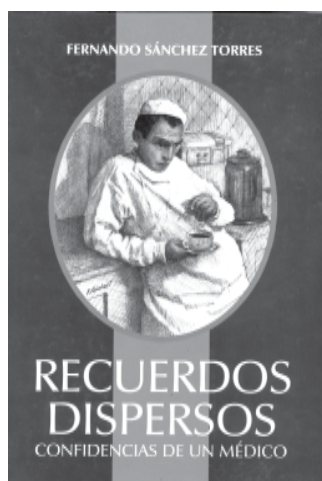


Creación literaria literaria

Retención de secundinas*

Fernando Sánchez Torres
Consejo Superior
Universidad Central



Mi segundo lugar de residencia en Pandi fue una amplia pieza esquinera situada hacia la calle, en el marco de la plaza, a la diagonal de la casa cural, habitada ésta por un joven párroco, el Padre Rodríguez, con quien de vez en cuando nos reuníamos –por invitación suya– a platicar sobre diversos tópicos locales de carácter social, entre ellos los deslices morales, que no faltaban en el pueblo, en particular la ocurrencia de algún aborto inducido a manos de las inveteradas comadronas, las mismas que mencionan los cronistas de la Conquista y la Colonia con el nombre de «co-

madres sabias». Él conocía de esos casos desde el confesionario y yo desde el consultorio del puesto de salud; él curaba la complicación espiritual y yo las secuelas físicas.

*Tomado del libro *Recuerdos dispersos, Confidencias de un médico*, Bogotá, Giro Editores, 2004.

Mi pieza, por su amplitud, me permitía disponer de un espacio para una pobre mesa de examen y un pequeño escritorio, y que eufemísticamente yo consideraba «mi consultorio», pues allí, y de manera fortuita, atendía algún paciente particular en las horas libres que me dejaba el desempeño del cargo de médico rural, es decir, de funcionario oficial. La otra parte de la pieza la ocupaban una cómoda, una mesita y un catre de lona, que era mi cama que me servía no solo para dormir, sino para ser cómplice de mis divagaciones en las frecuentes noches de insomnio, causado por la situación política del país, por el calor y los zancudos. Un biombo de pita entretejida separaba el dormitorio del consultorio.

La lectura nocturna se constituía, infortunadamente para mi libroadicción, en un verdadero martirio, pues el foco de luz era un atractor de alimañas. Como el cielo raso era entablado —ya que la segunda planta de la casa era una especie de zarzo para depósito de café, en bultos arrinconados y en granos desparramados por el suelo—, el ruido que hacían las ratas al corretear se amplificaba en el silencio de la noche e impedía que yo me concentrara en lo que leía. Además, no era raro que cayera un alacrán u otro animalejo de su laya sobre el libro abierto que tenía en las manos. Todas estas incomodidades eran compensadas con la cordial amistad que existía entre Jorge Escobar —inolvidable personaje— y yo. Él habitaba en la misma casa y era su propietario; a instancias suyas —muy generosas, por cierto— fue como me constituí en su inquilino.

Una noche, no bien había apagado la luz, escuché ruido de cascos equinos que se acercaban a mi vivienda. A poco de suspenderse, alguien golpeó en la puerta.

— ¿Quién es?—, pregunté con firmeza.

— Doctor —me respondió una tímida voz—, perdone la molestia, mi mujer parió un machito al mediodía, pero no ha podido parir la placenta y sufre muchos dolores. La comadre que la atendió solicita que su persona se ocupe del caso, si fuera tan amable.

— Espéreme un momento. Ya salgo— le dije, mientras comenzaba a despojarme de la pijama y a pensar sobre los elementos que debía echar en mi maletín: guantes, ergotrate, penicilina, demerol, mertiolate, jeringas, unas pinzas...

Cuando salí observé que había neblina. Una patrulla militar se acercó para certificar si en verdad se trataba de una urgencia médica. Saludé a los soldados y estreché la mano del nuevo padre, quien me dio su nombre, quitándose el sombrero.

— ¿Adónde debemos ir?— le interrogué, viendo frente a mí dos bestias sudorosas.

- Vivimos un poco pacasito de Venecia, en la vereda Guatimbol. ¿El doctor sabe jinetear?
- No, amigo. Nunca tuve ocasión de hacerlo.
- Pensando en eso le he traído una buena mula, juerte y segura, de paso suave, que me prestó el compadre Heriberto.
- Siendo así, hagamos camino –dije decidido, mientras él me ayudaba a cabalgar.

Cruzamos el pueblo, cuyos habitantes dormían plácidamente, en tanto yo, cumpliendo mi misión, me dirigía a un lugar ignoto, montado en mula no propiamente de nácar, con bridas y con

.....
Cruzamos el pueblo,
cuyos habitantes dormían
plácidamente, en tanto yo,
cumpliendo mi misión, me
dirigía a un lugar ignoto,
montado en mula no
propiamente de nácar, con
bridas y con estribos, todo
lo cual era para mí
novedoso, con visos de
aventura.
.....

estribos, todo lo cual era para mí novedoso, con visos de aventura. Apenas dejamos la zona urbana y aún cabalgando en terreno plano, interrogué a mi acompañante acerca de su familia: de su esposa, de sus hijos. Me contó que llevaba cinco años casado y que su mujer, de veinticuatro años, ya «le había regalado» tres hijos, todos sanos, como ella, y que en los partos siempre había sido atendida por la misma comadre. Solo ahora se atravesaba una complicación. A la pregunta de si se había presentado mucha hemorragia después del parto, me respondió que había visto sangre, pero no mucha. Agregó que la comadre había tirado repetidas veces del cordón sin que la placenta saliera, y que también la había puesto a soplar una botella.

Con esa escueta información comencé a cavilar, a hacer un análisis teórico de la situación. Se trataba de una retención de

placenta –o de las secundinas, como decían los autores franceses– en una mujer tercipara, sana. ¿Causas probables?: «Adherencia anormal», con sus distintos grados de extensión y profundidad, que obliga algunas veces a tener que extirpar la matriz. ¡Ojalá no sea ésta la situación!, rogaba yo. Otra causa: la «encarcelación o engatillamiento placentario» por aparición de anillos de retracción en algún lugar de la cavidad uterina. De ser este el caso, la complicación no era tan grave, en tanto no hubiera hemorragia profusa. Esos anillos o espasmos, que se acompañan de grandes dolores, podían corregirse solos, o había que acudir a la extracción manual de la placenta, intervención indicada también en los casos de adherencia incompleta, parcial, con el agravante de que no

contaría con anestesia para hacer más fácil el procedimiento y de que, por tratarse de un medio séptico, podría sembrar la temida fiebre puerperal. Por último, y con el antecedente de la tracción brusca y repetida del cordón umbilical, bien podía haberse presentado una «inversión uterina», cuya reducción era necesariamente quirúrgica, en el medio apropiado y a manos de una persona experta. Y esa persona no era yo.

Como mi compañero iba adelante, guiando la mula, no había posibilidad de entablar conversación alguna, circunstancia que aproveché para recordar, por asociación de ideas, un episodio histórico, relacionado, precisamente, con la retención de la placenta, y que yo había leído no hacía mucho.

El asunto tenía que ver con el general Santander, personaje cuya vida y ejecutorias me apasionaban sobremanera. Acusado de haber participado en la conspiración dirigida contra el Libertador Bolívar en la noche septembrina de 1828, fue detenido e indagatorio dos o tres días después. A la pregunta de dónde había estado y qué había hecho la tarde y la noche del 25 de septiembre, Santander relató que ese día su hermana Josefa había dado a luz, pero que por la «detención de los pares», es decir, por la retención de la placenta, su estado de salud se había visto complicado. En las primeras horas de la tarde acudió a los servicios del eminente médico doctor José Félix Merizalde, quien visitó a la paciente y formuló algunos remedios, que no surtieron el efecto deseado, por lo que el estado de doña Josefa iba agravándose. Al concluir la tarde, Santander nuevamente mandó a buscar a Merizalde quien se negó a atender el llamado, pues se declaró incompetente para intervenir y extraer la placenta y recomendó, mejor, que para ese efecto llamaran al cirujano escocés Ninian Ricardo Cheyne, facultativo afamado en Santafé de Bogotá. No obstante, Santander prefirió apelar al misterioso doctor Juan Francisco Arganil, quien decía haberse graduado en Montpellier. Por sus repetidos fracasos profesionales se le había retirado la licencia para ejercer; ante sus insistentes solicitudes, se condicionó el levantamiento de la sanción a que fuera examinado por un tribunal *ad hoc*, del cual formó parte Merizalde. El concepto fue concluyente: Arganil es un ignorante de tiempo completo. Extraño que Santander, conociendo estos antecedentes, hubiera acudido a los servicios del oscuro personaje.

Pues bien, Arganil pronto hizo acto de presencia en la alcoba de doña Josefa y, sin examinarla, escribió una receta que el mismo Santander llevó a la botica de un francés, situada en la plazuela de San Victorino, con tan mala o buena suerte que las drogas prescritas no estaban disponibles allí, ni en botica alguna. De todas maneras,

Arganil permaneció al lado de la paciente, sin adelantar ninguna intervención. Entrada la noche, cuando el general Santander regresó a la casa de su hermana, se encontró con la feliz noticia de que la enferma acababa de arrojar la placenta.

Recordaba yo que el historiador de este episodio concluía el relato haciendo un juzgamiento de los personajes que en función médica habían figurado en él. Al declararse incompetente para intervenir, Merizalde había actuado de manera prudente. Igual se había comportado Arganil al mantener una actitud pasiva. En cuanto al cirujano escocés Cheyne, fue una fortuna para doña Josefina de Briceño que su hermano Francisco de Paula no lo llamara, pues, de seguro, él sí hubiera intervenido practicando la extracción manual de la placenta y, de paso, sembrando en el útero una infección que probablemente la hubiera llevado al sepulcro, como solía ocurrir en esa época.

Traspolando mi situación a lo ocurrido en el caso de doña Josefa, me preguntaba: ¿No hubiera sido mejor haberme declarado incompetente, como lo hizo Merizalde? Como los grandes interrogantes suelen tener respuestas pequeñas, me respondí en el acto: ¡No! Hubiera faltado al Juramento Hipocrático, pues no hay nadie distinto a mí, en toda la comarca, que pueda actuar con mayor solvencia profesional, poniendo en duda, claro está, mi verdadera solvencia. ¿Actúo como Arganil, no haciendo nada? ¡Imposible! Han acudido a mí para que haga algo. ¿Y si me toca hacer lo que hubiera hecho Cheyne, es decir, extraer la placenta manualmente? De seguro, ésto va a ocurrir. Siendo así, los pasos que debo seguir serán los siguientes...

– Doctor, agárrese con juerza de la cabeza de la silla que ahora comienza la parte jodida del camino –dijo mi guía en voz alta, volteando la cabeza hacia mí y refrenando el paso de su caballo–. Déqueme su maletín, que yo se lo llevo.

Cuando volví en mí, pues venía de verdad ensimismado, advertí que el ambiente era húmedo, la neblina espesa y la visibilidad muy reducida. El camino era de los llamados «de herradura»: angosto, «culebrero», empinado a trechos, empedrado, con frecuentes baches profundos y anegados, señal de que hacía poco había caído un chaparrón. Siguiendo las instrucciones impartidas por mi guía, me asía con ambas manos de la cabeza de la silla y rogaba para que la mula no fuera a resbalarse y diera con mi pobre humanidad al fondo de algún precipicio.

– ¿Nos falta mucho para llegar?–, pregunté un tanto preocupado y, más que todo, atortolado.

– En un ratico corto estaremos llegando –me respondió.

En efecto, transcurridos quince o veinte minutos comenzamos a atravesar potreros y pronto fuimos recibidos por los ladridos de dos perros, dirigidos, por supuesto, a mí, que era el extraño. No muy lejos se veía una casa de paredes blancas en cuya puerta alguien sostenía, arriba de su cabeza, una lámpara. Cuando eché pie a tierra, la misma persona, que, según entendí después, era la esposa del compadre y la comadrona de marras, ahuyentó los perros y se dirigió a mí.

– Buenos días, mi doctor. Estábamos preocupadas, pues el aguacerito que cayó fue muy fuerte— me dijo, mientras con la mano libre agarraba el freno de

la mula.

Con dificultad y mucha precaución me desmonté de la silla, sintiendo los efectos de ésta sobre mi entepierna al iniciar la marcha.

Traspuesto el umbral me encontré en la habitación de la paciente, en uno de cuyos rincones yacía sobre un camastro, la frente envuelta con un pañuelo rojo. A su lado dormía su hijo recién nacido y en el rincón opuesto del cuarto, en otro camastro, lo hacían sus otros dos hijos. Sobre una mesa chisporroteaba una veladora colocada al frente de la imagen de la Virgen y el niño. Al tiempo que me acercaba al lecho, la comadre también lo hacía portando la lámpara. Las primeras luces del día competían con las de la Coleman. El ambiente era pesado: olía a sudor, a sangre, a sebo.

– Buenos días, señora. ¿Cómo se siente? —dije, mientras observaba su rostro y examinaba el color de la conjuntiva y de los labios.

Primera impresión: no había anemia. Luego tomé su mano, presioné la arteria radial y me di cuenta de que no había taquisfigmia. Segunda deducción: la volemia era normal y estaba sin fiebre.

– Ya estoy muy aliviada. Se me jugaron los cólicos, pero todavía no he botao la placenta. La comadre me ha dao mucha agua de toronjil.

.....
Cuando volví en mí, pues
venía de verdad ensimismado,
advertí que el ambiente era
húmedo, la neblina espesa y la
visibilidad muy reducida. El
camino era de los llamados «de
herradura»: angosto,
«culebrero», empinado a
trechos, empedrado, con
frecuentes baches profundos y
anegados, señal de que hacía
poco había caído un chaparrón.
.....

Verificada la presión arterial y auscultado el corazón, procedí a descubrir el abdomen. El camión que lo ocultaba tenía manchas grandes de sangre seca, al igual que la sábana, señal de que recientemente no se había presentado hemorragia. Le pedí entonces que se acostara atravesada, es decir, ocupando el ancho de la cama, con las piernas flejadas y sus nalgas cercanas al borde; en otras palabras, en «posición obstétrica». A la comadre —que era mi acompañante y único testigo, pues había solicitado al padre que sacara a los niños ya despiertos— le ordené que dirigiera la luz hacia la parte expuesta. De la vulva escurría sangre oscura, escasa, y se desprendía una cuarta de cordón umbilical anudado con cabuya en su extremo. ¡Oh, qué alivio, no había inversión uterina! Palpé el abdomen y advertí que el fondo de la matriz estaba a cuatro dedos por debajo del ombligo, regularmente contraída. Al empujarla hacia arriba con la yema de los dedos de mi mano derecha, el cordón umbilical y la cabuya permanecían estáticos. ¡Oh, qué suerte, la placenta estaba desprendida! Esta maniobra la había aprendido leyendo un manual de obstetricia, creo que el del profesor francés Devraigne, que era mi consultor de cabecera. Si la placenta está todavía adherida o retenida, al llevar hacia arriba la matriz, el cordón umbilical sigue la misma dirección. ¡Oh, *lá, lá!*, ¡Oh, manes del franchute, sabio y prudente doctor Arganil! No tendría que meter la mano para extraerla. Calcé luego los guantes, coloqué unas pinzas de presión al cordón para poder traccionar, lo cual hice y ¡Oh, maravilla!, la placenta distendió la vulva y fue apareciendo poco a poco, suscitando orgullo en mí y asombro en la comadre. De seguro pensó que la ciencia médica era algo sobrenatural y que los médicos teníamos mucho de magos. Repetidas veces ella había jalado del cordón sin resultado alguno. En cambio yo, mediante unas pinzas de metal y de primera intención, lo había logrado. Lo que no sabía —y no tenía por qué saberlo— era que cuando ella halaba la placenta, ésta no salía por hallarse «en-carcelada» debido a un anillo de retracción en el músculo uterino. De ahí los dolores que aquejaban a la paciente. Caso contrario, cuando yo «intervine», el anillo había cedido espontáneamente y la placenta desprendida había quedado aprisionada en la vagina, debido a un exceso de volumen, lo cual comprobé al revisarla para estar seguro de que el alumbramiento había sido completo, de que no había retención de ningún cotiledón.

Me despojé luego de los guantes, herví las jeringas y apliqué a mi paciente una inyección de penicilina y otra de ergotrate. Al oír llorar al neonato le pedí a la comadre que lo pusiera sobre la mesa y lo desnudara. Lo examiné comprobando que era grandote, hermoso, sano. Del ombligo se desprendía un pedazo de cordón

umbilical amarrado con un trozo de cabuya, «que había sido muy bien hervida», al decir de la partera. Con una tijera la corté y la replacé por una ligadura apropiada, habiendo previamente desinfectado con mertiolate el ombligo y el muñón del cordón umbilical.

Cumplida mi misión y hechas las recomendaciones de rigor a la madre y a la comadre, me disponía ufano a dejar la habitación cuando apareció el padre con una taza de café cerrero, humeante, que yo acepté gustoso. Caía bien una bebida estimulante, acompañada de un cigarrillo, sobre todo sabiendo que tenía que regresar a Pandi a lomo de mula. **U**